

## HISTORIAS DE ABUELAS

# NILDA ANA LÓPEZ DE CAGNOLA: “ES LA SANGRE DE MI HIJO, LO QUE ME QUEDA DE ÉL”

**SU HIJO, EDUARDO ALBERTO CAGNOLA, Y SU NUERA, LILIANA CARMEN PEREYRA, EMBAZAZADA DE CINCO MESES, FUERON SECUESTRADOS POR LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR EL 5 DE OCTUBRE DE 1977. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE ESTE AÑO, PUDO RECUPERAR A FEDERICO, SU NIETO NACIDO EN CAUTIVERIO.**



La Abuela Nilda Cagnola en la conferencia de prensa luego de la restitución de su nieto.

**Por Luciana Guglielmo**

*“Sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano.”*

Pablo Neruda

Cada encuentro es una meta alcanzada pero también una línea de largada. Es el arduo trabajo de 31 años de peregrinaje, de búsqueda, de alegrías y tristezas. Es ese maravilloso instante en el cual se refleja, en la mirada del nieto que llega a la casa de las Abuelas, la satisfacción de la promesa cumplida a los hijos que ya no están. Es afianzar la creencia en la justicia y la verdad. Es esa felicidad difícil de explicar que no entra en el cuerpo. Pero también ese encuentro para cada nieto significa volver a nacer, con los dolores que eso implica. Es descubrir una historia y un pasado doloroso pero que es la llave de la libertad. Es reconocerse, saber quiénes son, de dónde vienen, es dar esos primeros pasos hacia lo verdaderamente propio.

El último encuentro se produjo el 9 de septiembre pasado cuando el juez federal Jorge Ballesteró le informó a Federico que la compatibilidad de la mues-

tra de material genético con la familia Cagnola-Pereyra era de un 99,99 por ciento. Cuando se le pregunta a la Abuela Nilda qué sintió en el momento en el que le dieron la noticia, ella dice: “No lo puedo decir con palabras, casi me muero”.

## La Abuela

Nilda Ana López de Cagnola nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, el 26 de marzo de 1931. Recuerda haber tenido una infancia muy feliz junto a su familia. Su papá era capataz de un molino y su mamá bordadora, oficio que luego le enseñó.

Ya entrada la adolescencia, conoció a Tito, un joven del lugar que años más tarde se convertiría en su esposo. Comenzaron la relación como amigos. Se veían en la plaza, mientras caminaban

**EDUARDO COMENZÓ SU MILITANCIA EN LA FACULTAD Y ALLÍ CONOCIÓ A LILIANA, SU GRAN AMOR**

y charlaban durante las tardes, antes de que baje el sol. Al poco tiempo se pusieron de novios, pero se veían poco, sólo cuatro veces al año, ya que Tito estaba viviendo en la Capital Federal porque estudiaba bioquímica en la universidad. Luego de seis años de noviazgo, el amor y el deseo de estar juntos pudo más que la distancia y se casaron. Por entonces, Nilda tenía 22 años. Hicieron una linda fiesta y pasaron la luna de miel en Córdoba.

Tiempo después llegaron los hijos: Eduardo y Daniel. La Abuela no tiene más que palabras de admiración para con su hijo mayor y se le quiebra la voz al evocarlo: “Eduardo fue un excelente hijo. Bueno, cariñoso, estudioso, un hijo ejemplar”. Destaca además la generosidad y el inmenso corazón que tenía: “Siempre se brindó para los demás, toda la vida fue así”. Recuerda que la maestra le decía que en los recreos él no comía porque le daba la comida a sus compañeros. Lo mismo hacía con unos vecinos necesitados del barrio. Siempre le pedía a Nilda comida y ropa para darles.

## El camino elegido

Cuando terminó la secundaria, Eduardo se fue a estudiar a La Plata. Eligió

**NILDA NO ESTUVO SOLA EN LA BÚSQUDA. LA MAMÁ DE LILIANA, “COQUI” PEREYRA, FUE SU GRAN COMPAÑERA Y ALIADA**

la carrera de derecho. Si bien en su casa siempre habían sido “apolíticos”, en los pasillos de la facultad Eduardo comenzó formalmente su militancia en la Juventud Universitaria Peronista (JUP), y luego se integraría a la organización Montoneros. Allí también, conoció a su gran amor, Liliana Carmen Pereyra. “Era una chica muy buena y cariñosa”, cuenta la Abuela, “hacían una hermosa pareja”.

Contrajeron matrimonio el 26 de septiembre de 1977. En aquel momento, la situación del país estaba muy complicada. El plan sistemático de persecución hacía foco en aquellos que pensaban diferente. “Mocho” y Lali –así los llamaban sus allegados– soñaban, precisamente, con un país distinto. Deci-

dieron mudarse a Mar del Plata, donde alquilaron la pieza de una pensión en la calle Catamarca al 2500. Ambos trabajaron en una pescadería, ella como filetera y él en la cámara frigorífica.

A pesar de haber querido escapar, el 5 de octubre de 1977 fueron secuestrados de la pensión en la que vivían. Li-

**LILIANA PERMANECIÓ EN LA “PIEZA DE LAS EMBAZAZADAS” DE LA ESMA Y EN FEBRERO DE 1978 DIO A LUZ A FEDERICO**

liana estaba embarazada de cinco meses. Los llevaron detenidos a la Base Naval de Buzos Tácticos de Mar del Plata, hasta que Liliana fue trasladada a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) para dar a luz.

Según testimonios de sobrevivientes, la joven permaneció en la “pieza de las embarazadas” y en febrero de 1978 tuvo un niño al que llamó Federico, con quien compartió aproximadamente diez días. Luego, Liliana fue retirada de la ESMA por miembros de la Base de Buzos Tácticos. El 15 de julio de 1978 fue asesinada. En 1985 el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó el cuerpo de Liliana, enterrado en el cementerio de Mar del Plata.

## La búsqueda

La vida de Nilda cambió para siempre. Por fortuna, nunca estuvo sola, puesto que la mamá de Liliana, “Coqui” Pereyra –actual presidenta de Abuelas La Plata–, fue una gran compañera y aliada en la búsqueda. Coqui, que estaba en plena ciudad, empezó a moverse más. “Yo venía desde Chacabuco todos los jueves a la Plaza de Mayo”, repasa Nilda. Como todas las Abuelas, en esos primeros tiempos, Nilda hizo los reclamos correspondientes, presentó habeas corpus, golpeó puertas de comisarías, ministerios, iglesias, pero nadie le dio ninguna explicación. Nadie sabía nada. Nilda y Coqui denunciaron el caso en 1981.

A medida que la gente iba perdiendo el miedo, comenzaron a juntarse pruebas y testimonios que ayudaron a reconstruir la historia. Años más tarde llegarían denuncias sobre un matrimonio que podía tener apropiado un posible hijo de desaparecidos. Hasta que la comisión “Hermanos”, de la agrupación HIJOS, dio con el paradero de Federico. Así fue como el juez Jorge Ballesteró ordenó retirar muestras de ADN de pertenencias del joven.

Nilda relata que cada noche, antes de encontrar a Federico, pensaba en su nieto y en lo importante que sería que pudiera recuperar su identidad. Jamás imaginó en imponerle una familia o una historia, sino en respetarlo, en darle su tiempo, “es la sangre de mi hijo, lo que me queda de él”, expresa con voz dulce. Finalmente el encuentro se produjo, y su nieto pudo conocer su verdadera historia. Ahora, de a poco, las piezas de este rompecabezas se irán uniendo, y Nilda, quien acunó durante tres décadas la sabiduría de la espera, con sus sonrisas, sus abrazos y su amor sabrá sanar esas heridas que, a la larga, harán de Federico un hombre libre y feliz.